

- PROMUEVE LAS HABILIDADES DEL LENGUAJE ESCRITO
- AUMENTA LA CONCIENTIZACIÓN SOBRE LAS DISCAPACIDADES
- ESTIMULA EL DIALOGO

El camino de la suavidad

Un ensayo autobiográfico para *VSA arts*

por Lynn Manning

Siento en mi boca el sabor del miedo como metal oxidado, el golpeteo de mi corazón en mi pecho, y el torrente de sangre silbando en mis oídos. El olor a tensión, sudor y Tiger Balm[®] se apodera de mi nariz. Siento mis músculos tan tensos como resortes de espiral. Tengo las palmas de las manos húmedas por el sudor, y siento como si un animalito estuviese intentando hacer malabares gimnásticos en mi estómago. Nunca había estado tan aterrorizado. Intento calmarme respirando hondo y estirando despacio mis músculos. No sirva para nada. Si hubiese sabido que esto iba a ser tan estresante, nunca me hubiese ofrecido para participar de semejante tortura.

Estoy en el gimnasio principal de Los Angeles City College (LACC). El lugar está a reventar, lleno de gente escandalosa. El evento que se celebra es el Torneo Anual Abierto de Judo de Los Ángeles, auspiciado por el Club de Judo de LACC. Las competencias de judo se realizan en los tres tapetes de competición. Los competidores van desde niños de siete años de edad, hasta la categoría de maestros para hombres y mujeres de más de cuarenta años de edad. Las tribunas y la zona alrededor del campo de juego se agitan con el movimiento de espectadores nerviosos y de judocas. Éstos representan un gran número de razas y grupos étnicos. Algunos hablan idiomas que no entiendo, pero todos hablan algo de japonés. Es necesario para practicar judo, porque cualquiera que sea el *dojo* (academia de judo) o el torneo al que asista, en cualquier parte del mundo, las técnicas, los procedimientos y el puntaje se enuncian en japonés. Esto con el fin de que los practicantes de judo (los *judokas*) puedan entrenar y competir juntos de manera segura sin importar cuál sea su lengua materna.

Algunos espectadores les gritan instrucciones a los competidores. Una madre alienta a su pequeña hija desde el costado del campo, diciéndole: “No dejes que te agarre de la manga, Melissa. ¡Apártale la mano! ¡Bien! Ahora, agárrala del cinturón y dale. ¡O *goshi*, ‘derribo con la cadera’!. ¡Eso! ¡Eso! ¡Uy! ¡Cúbrete, Melissa! Buen intento. Espera hasta que el árbitro te pare, y vuelve a hacerlo.”

En otro tapete, un entrenador reprende a un judoca, gritándole: “¡Ponte las pilas, Rogers! ¡Párate y ponte las pilas! No lo persigas así, te va a barrer. Cuídate de su... ¡Uy! ¿Viste? ¿Qué te dije? ¡Párate del tapete, Rogers! Ahí es donde quiere tenerte. ¡Párate, Rogers! No dejes que te aplique esa estrangulación, mete ahí la barbilla. ¡Agárrale los dedos! No vayas a rendirte. Más te vale no rendirte. ¡El dojo Tenri no se rinde! ¡Lucha! ¡Lucha!”

Un espectador le dice: “No gaste su aliento, él no alcanza a oírlo”.

La categoría de mi peso, novatos de peso pesado hombres, fue llamada a competir al tapete número tres hace diez minutos. Ahora estoy parado en el área junto a la zona de competición, intentando sacudirme este miedo. Estoy descalzo y vestido con el uniforme tradicional de judo de color amarillento, llamado *gi*. El *gi* se compone de una chaquetilla y un pantalón holgados de algodón. La chaquetilla está hecha de un tejido muy resistente para que aguante los violentos agarres y tirones de la lucha cuerpo a cuerpo. La chaquetilla se mantiene cerrada con un cinturón grueso de tela, que indica mi rango de novato con el color blanco. Le da dos vueltas a mi cintura y está asegurado con un nudo de rizo justo debajo del ombligo, dejando que cuelguen dos tiras de cinturón de entre veinte y treinta centímetros. Cuando el enfrentamiento en curso finalice y se anuncie al ganador, será mi turno de combatir. Tendré que reunir el valor de entrar al tapete para mi primer encuentro de judo, en el primer torneo de mi vida

Sólo hay dos judocas con limitaciones visuales entre los varios cientos de competidores que se reúnen aquí. Yo soy uno y mi amigo Glen es el otro. Glen prefiere ser llamado “parcialmente vidente” en vez de “ciego” porque puede ver algunas cosas, aunque no con mucha claridad. Glen me dice que, cuando hay luz fuerte, puede distinguir la silueta de las personas, pero no los detalles de su aspecto. En cuanto a mí,

no tengo problema con el término “ciego”, pues no tengo ninguna percepción de la luz. No veo nada. Glen y yo no competiremos entre nosotros porque estamos en categorías de peso diferentes. Yo soy un peso pesado y Glen es un peso mediano. Su categoría está compitiendo en el tapete número uno y no tengo forma de saber cómo le está yendo. Con todo lo aterrizado que estoy, estoy empezando a arrepentirme de haber decidido hacer esto. ¿Además de perder la vista, también habré perdido la razón?

No siempre he sido ciego. Hace quince meses un extraño me disparó en el rostro en una discoteca en Hollywood. El individuo había buscado pelea conmigo y yo lo había sometido y lo había echado de la discoteca. Unos minutos después, regresó con un arma. Me disparó un solo tiro en la cara. La bala destrozó mi ojo izquierdo y seccionó el nervio óptico detrás de mi ojo derecho. No había nada que los cirujanos pudieran hacer para salvarme la vista. En los quince meses siguientes participé en capacitación de rehabilitación en el Instituto Braille de Estados Unidos. Allí aprendí el sistema de lectura y escritura táctil para ciegos llamado Braille, por el apellido de su inventor, el francés Louis Braille. También me enseñaron “orientación y movilidad”, incluyendo técnicas para desplazarme con seguridad dentro de entornos familiares y cómo usar un bastón blanco para ciegos para viajar por las calles de la ciudad y movilizarme dentro de edificios públicos con confianza. También aprendí nuevas maneras de cocinar, limpiar la casa, lavar mi ropa y otras actividades necesarias para volver a vivir con independencia. Ocho meses después de haber perdido la vista volví a ser capaz de irme a vivir a mi propio apartamento. Algunos profesionales de rehabilitación, así como varios miembros de mi familia, pensaron que me estaba trasteando demasiado pronto, asumiendo en mis hombros más cosas nuevas de las convenientes para mi propio bienestar, pero siempre he tomado por los cuernos los nuevos desafíos, y vivir con la ceguera no iba a ser la excepción.

Una de las primeras cosas que aprendí acerca de ser ciego es que es muy fácil volverse sedentario. Cuando se es ciego es difícil encontrar una actividad física. Antes de perder la vista, era un hombre de 23 años bastante activo. Me encantaba practicar karate con mis amigos, jugar basquetbol y futbol de banderitas en el parque del barrio, y “azotar baldosa” en la pista de baile una o dos noches a la semana. Todo eso se detuvo abruptamente cuando me fue arrebatada la vista.

Lo que no desapareció fue mi gusto por las buenas comidas y bebidas. No paso mucho antes de que empezara a engordar. Nunca me he considerado una persona vanidosa, pero de niño me enseñaron que la apariencia física es lo primero por lo que te juzga la gente. Ahora que estaba ciego, parecía aun más importante tener una apariencia de la cual enorgullecerme. Quería que la gente notara en mí algo más aparte de mi bastón blanco.

Para forzar a mi cuerpo a recuperar su forma, intenté crear rutinas de ejercicio en casa, haciendo calistenia, levantando pesas e intentando replicar *katas* de karate sin la ayuda de un espejo. Todo esto resultó ser tan aburrido que me deprimía.

Finalmente me quejé de esto con Glen y Burns, mis nuevos amigos con impedimentos visuales del Instituto Braille. Ellos rebosaban de entusiasmo al hablarme de la clase de judo braille a la que se habían escrito hace unos meses.

Glen dijo: “¡El judo es genial! Es un arte marcial de forcejeo, parecida a la lucha, así que es perfecta para un ciego. Te va a encantar”.

Burns, que es completamente ciego como yo, añadió: “Si algún tonto llega a ponerte las manos encima, lo tienes justo donde lo quieres. Además, es bueno para tu equilibrio y conciencia espacial. Un tipo grande y musculoso como tú debe ser muy bueno para el judo”.

Decidí intentarlo.

Cuando me inscribí, había un total de diez estudiantes con impedimentos visuales en la clase de judo braille. La profesora, Linda Gibson, y su asistente voluntario, Mike Rodsten, podían ver. En japonés, la palabra “*sensei*” significa “profesor” o “maestro” y es un título de respeto. Se nos indicó a los estudiantes que nos refiriéramos a ellos usando esa palabra. Todos en el *dojo*, o academia, estaban descalzos y usaban *gis* de judo. Al inicio de la clase, los estudiantes nos alineamos por orden de altura y rango a lo largo de un extremo del área del tapete, frente a los *sensei*.

La *sensei* Gibson enumeró con calma los beneficios y los principios básicos del judo. Dijo: “El judo es lo que ustedes hagan de él. Algunos lo hacen para defenderse; otros lo practican para estar en forma, y algunos incluso lo practican como deporte de competencia. Para todos, puede servir para desarrollar habilidades de autodisciplina,

confianza y liderazgo. También aumenta la fuerza física y la coordinación, así como la flexibilidad y el equilibrio. La traducción de la palabra japonesa 'judo' es 'camino de la suavidad'. Esto se debe a que usamos la fuerza y el impulso de nuestro oponente en su contra y para ventaja nuestra. De este modo, intentamos lograr el primer principio del judo. ¿Cuál es?"

Los estudiantes respondieron: "¡Eficiencia máxima con esfuerzo mínimo!"

La sensei Gibson dijo: "Muy bien. Le hacemos una reverencia al otro antes y después de competir o practicar juntos para mostrar nuestro respeto y agradecimiento por la participación de nuestro compañero. El judo no puede aprenderse haciendo movimientos frente a un espejo. Para aprender y sobresalir en el judo, necesitamos compañeros dispuestos. De modo que nos reunimos para practicar para lograr el segundo principio del judo. ¿Cuál es?"

Los estudiantes respondieron: "¡Bienestar y beneficio mutuos!"

"Sí", dijo la sensei Gibson. "Ahora, por último y más importante, ¿qué es lo que intentamos hacer los judocas?"

Los estudiantes respondieron: "¡Intentamos mejorar la sociedad a través de nuestro perfeccionamiento!"

Estaba absolutamente impresionado.

Los primeros veinte minutos de ejercicios se dedicaron a hacer calentamientos: calistenia y estiramientos para aumentar nuestra flexibilidad, fuerza y elegancia al movernos. A continuación, practicamos varias maneras de caer sin lastimarnos. Aunque el judo se practica sobre tapetes gruesos llamados *tatami*, persiste el riesgo de lastimarse gravemente si se cae de manera inapropiada al tropezar o ser arrojado. Familiarizarse con estas caídas, o *ukemi*, puede ser útil en todos los casos en que una persona, con visión o con limitaciones visuales, pueda resbalar y caerse accidentalmente. Después, vino la enseñanza de técnicas de defensa personal de judo, propiamente dicho. Mediante una descripción verbal precisa y una demostración mediante el tacto, me enseñaron a realizar el principal derribo de cadera, llamado *o goshi* en japonés. A continuación, mi compañero y yo pasamos unos diez dolorosos minutos lanzándonos repetidamente el uno al otro al tapete. Después de esto,

aprendimos a continuar el derribo controlando al oponente derribado con un agarre sobre tapete. En este caso, fue con el *kesa gatame*, o control triangular. Por turnos, mi compañero y yo permitíamos que el otro nos inmovilizara con firmeza con el *kesa gatame* y después luchábamos con todas nuestras fuerzas por 30 segundos para escapar del agarre. Mantener la inmovilización requería casi tanto esfuerzo como intentar romperla. Tras varias de estas agotadoras rondas para los músculos, estaba sudando a chorros. La parte más emocionante y peligrosa de la clase la habían reservado para el final. Se llamaba *randori*, o práctica libre de pie. A diferencia de la práctica de entrenamiento en el boxeo o el karate, en el judo no se lanzan puños o patadas. En la *randori*, se trata de intentar lanzar al compañero al tapete con fuerza y control, al tiempo que éste intenta hacer lo propio. Aunque sólo sabía hacer un derribo, la sensei Gibson me alentó a probarla con todos los contrincantes. Me sacudieron de un lado a otro un poco, pero la experiencia fue estimulante. En conjunto, la clase consistió en unos noventa agotadores minutos de ejercicio.

Burns y Glen me invitaron a que me quedara después de clase para mostrarme algunas técnicas que podría aprender en las siguientes semanas.

Llevándome al tapete, Burns dijo: “Probablemente aprenderás ésta la próxima semana. Es el derribo por encima del hombro con un brazo, o *ippon seoi nage*.” Agarró mi manga derecha, me haló hacia él, después giró, introdujo los bíceps de su brazo derecho en mi axila derecha, enderezó sus piernas al tiempo que se dobló de golpe hacia adelante desde las caderas, y me envió a volar por encima de su cabeza para ir a estrellarme con estruendo en el tapete frente a él. Me advirtió: “La próxima vez, no olvides amortiguar el golpe en el tapete al caer. A no ser que quieras romperte algo”.

Después de que Burns me ayudó a ponerme de pie, Glen me agarró de la manga derecha y de la solapa izquierda, mientras me decía: “Ésta es mi favorita. Es un lanzamiento de sacrificio llamado *tomoe nage*, o lanzamiento de estómago”.

Rápidamente dio unos pasos hacia atrás al tiempo que me halaba hacia él. Entonces levantó su pie derecho y me lo incrustó en el vientre mientras caía hacia atrás en el tapete. Inmediatamente mis pies se levantaron del piso a medida que me impulsaba hacia arriba con sus pies en dirección del techo sobre él, y después me guio

con sus brazos para venir a darme un golpazo contra el tapete, quedando tendido de espaldas, un poco más allá de su cuerpo extendido. Con entusiasmo se puso de pie de un brinco mientras yo me retorció en el suelo, más sorprendido que lastimado.

Glen exclamó: “¡dime si no te parece súper!”

Ambos de estos tipos tenían al menos diez años más que yo, y eran unos 15 kilos más livianos. Sintíendome como si se hubieran aprovechado de mí, dije: “Está muy bien y todo, pero creo que ustedes, niñitos blancos, se están divirtiendo demasiado dándole golpazos al negro grandote”. Todos nos reímos, pero me juré esto: “Algún día voy a hacerlos pagar por este dolor”. Para fines del verano me había vuelto lo suficientemente bueno como para devolver tanto como recibía.

Para el otoño mis habilidades de movilidad, de lectura y escritura en Braille eran lo suficientemente fuertes como para permitirme inscribirme como estudiante de tiempo completo en Los Angeles City College. La institución tenía un exhaustivo programa de judo, así que Glen y yo nos inscribimos en el curso de judo de principiantes. Nuestros cerca de 30 compañeros, hombres y mujeres, todos podían ver bien. El profesor, el sensei Nishioka, expresamente les dijo que no fueran blandos con nosotros debido a nuestras discapacidades. Hice todo lo que pude para castigar a cualquiera que condescendiera a cometer semejante error. Me hice famoso por entrenar duro y competir aun más duro. Fue en la clase del sensei Nishioka que me di cuenta por completo de que podría competir en igualdad de condiciones con judokas que pudiesen ver. Habiendo perdido la vista hace apenas un año, comprender esto hizo maravillas por mi autoconfianza, y me esforcé por convertirme en el mejor competidor del curso. Yo no era un pobre ciego indefenso digno de lástima. Cualquiera que supusiera esto experimentaba un ajuste de actitud bastante doloroso. Esta confianza desafiante me acompañaba también por fuera de los *dojos*. ¡Si podía sobresalir en judo, podía sobresalir en cualquier cosa!

Ahora, parado aquí en el área junto al tapete de competición número tres, mientras escucho el caos controlado de este gimnasio, mi confianza se ha evaporado como humo. No fue por esto que me metí al judo. Estaría perfectamente contento si los combates y los golpazos a los cuerpos se limitaran para mí al salón de prácticas.

Desafortunadamente, la clase de judo de sensei Nishioka es un curso universitario con créditos y se exige que los estudiantes presenten un trabajo escrito al final del semestre. La única manera de evitar tener que escribir el trabajo es compitiendo en un torneo durante el semestre. Como una especialidad de tiempo completo en inglés en la universidad, así que tengo más que suficientes trabajos finales que escribir para final de semestre. Al principio me alegró esta oportunidad de evitar tener que escribir otro más. Ahora, me arrepiento. Cuando el enfrentamiento en curso finalice, deberé sobreponerme a este miedo que me debilita.

Suena un timbre, indicando que ha finalizado el tiempo para el combate en el tapete tres. Hubo unos cuantos aplausos mientras los competidores se separaban y regresaban al tapete central. Habrían de organizar sus uniformes, hacerse una reverencia entre sí, regresar a las líneas de partida y aguardar la decisión del árbitro.

Imagino a mi oponente mirándome en algún lugar del lado opuesto del tapete. Aparte de su nombre, categoría de peso y *dojo*, no sé nada sobre él. Ni siquiera sé cuál es su contextura. ¿Será alto y flaco, o bajo y fornido? Saber al menos eso me permitiría hacerme una idea de qué técnicas de judo podría preferir. Me siento a oscuras en más de un sentido y no hay nadie a quien pueda preguntarle. Los espectadores aplauden cuando el árbitro anuncia al ganador y los competidores se dan vuelta y salen del tapete.

Alguien se me acerca y me dice: “Manning, tu turno. ¿Estás listo?” Sólo acierto a asentir. A continuación me dice: “Voy a llevarte a la línea de partida”.

Me sujeto de su codo y caminamos lado a lado. Al borde del tapete hacemos una reverencia antes de entrar en el área de competición.

Pienso: “Bienestar y beneficio mutuos”.

Seguimos hasta mi línea de partida y nos detenemos allí. Mi oponente está en completo silencio. Me imagino que está de pie en su línea, a metro y medio frente a mí. Puedo oír la respiración del árbitro, a medio camino entre nosotros, ligeramente a mi derecha.

Mi guía susurra: “Buena suerte”, y oigo sus pasos retroceder por el mismo camino por el que vino.

El árbitro dice: “*Rei*”, y hago una reverencia. Dice “Un paso adelante”.

Doy un paso esforzándome por oír las pisadas de mi oponente. Ruego para que mi temblor por miedo no sea visible para los espectadores en las tribunas.

El árbitro ordena: “Suban los brazos, *Kumikata*”.

Agarro la manga y la solapa de mi oponente, y él hace lo mismo conmigo. Parece ser de aproximadamente mi altura y contextura.

El árbitro ordena: “Bajen los brazos”, y con un alarido: “¡Hajime!”

Impulsado por el miedo, me abalanzo y me arremolino poniéndome en acción. Agarro la manga derecha de mi oponente, lo atrapo en mi dirección, mando mis bíceps derechos hacia su axila, giro para ubicarme en posición para un derribo de hombro, y me desenrosco con suficiente energía explosiva como para lanzarnos a ambos al aire. El hombre azota el tapete y queda tendido de espalda, y yo me le voy encima de golpe. Nunca había lanzado a nadie con tanta fuerza. Inmediatamente me incorporo y lucho por inmovilizarlo con un agarre en piso.

El árbitro me toma de la parte de atrás del *gi*, gritándome en japonés que me detenga: “¡*Matte!* ¡*Matte!*”

Suelto al hombre que yace en el tapete. Mi corazón late con fuerza. Siento el torrente sanguíneo silbando en mis oídos. El árbitro me ayuda a ponerme de pie y me hala hasta el tapete central. Sigo temblando mientras acomodo mi uniforme. Me doy cuenta de que el silbido en mis oídos son las ovaciones de los espectadores.

El árbitro dice: “*Rei*”.

Hago una reverencia.

Dice: “Un paso atrás”.

Obedezco.

El árbitro anuncia: “¡*Ippon!* ¡*Manning!*”

El rugido del público me baña como una ola. De inmediato, siento a mi guía junto a mí, poniendo mi mano en su brazo y guiándome fuera del tapete.

Me dice: “¡Hombre, eso fue estupendo, estupendo!”

Cuando llegamos al borde del tapete, giramos y hacemos una reverencia antes de pisar la platea. Una vez que estamos en la zona junto al área de competición, me dice: “Hombre, me alegra tanto que azotaras a ese idiota. Cuando te acompañé hasta la línea, estaba parado ahí con las manos en las caderas, sonriendo y sacudiendo la cabeza de lado a lado como pensando: ‘Esto va a ser pan comido’. Seguro que ésta es la última vez que subestima a un tipo ciego”.

Nadie más de los que estaban allí me subestimó. Todos los encuentros posteriores fueron extremadamente reñidos. Mis otros oponentes estaban decididos a no ser humillados en público como ese primer tipo. Aun así, gané cuatro de seis encuentros y quedé de tercero entre siete competidores que había en mi categoría. Gané una medalla de bronce y un ascenso a cinturón marrón. También quedé entusiasmado con el combate total de los torneos de judo. Mientras que la *randori* es una prueba de las habilidades de uno, un torneo es una prueba de su corazón. Al semestre siguiente, me uní al equipo de judo de LACC y durante los dos años siguientes competí en torneos por equipos contra oponentes universitarios que veían bien, por toda California y la región del Suroeste de los Estados Unidos. Para el momento de mi grado, en que tuve que abandonar el equipo, en 1982, en promedio ganaba dos de cada tres enfrentamientos.

Seguí compitiendo en torneos locales del área de Los Ángeles, pero aminoré mi régimen de entrenamiento de cinco días a la semana. En 1987, estaba considerando retirarme del todo de las competiciones, cuando la sensei Gibson me informó que por primera vez el judo para ciegos sería incluido en los Juegos Paralímpicos de Seúl, Corea del Sur, de 1988. También sería la primera vez que los Juegos Paralímpicos se celebrarían en la misma ciudad anfitriona de los Juegos Olímpicos, y las competiciones se realizarían en los mismos escenarios. La organización nacional rectora de los deportes para aficionados ciegos de los Estados Unidos, la Asociación Estadounidense de Atletas Ciegos (USABA por su sigla en inglés) realizaría las pruebas clasificatorias para el Equipo paralímpico de judo y sus campeonatos nacionales a principios de 1988. La sensei Gibson pensaba que se trataba de una oportunidad histórica para el judo de ciegos, y creía que yo tenía buenas probabilidades de lograr hacer parte del equipo.

Me emocionaba la posibilidad de representar a los Estados Unidos en una competencia internacional, pero nunca había oído hablar de los Juegos Paralímpicos. Pronto, la USABA me informó que los Paralímpicos son eventos deportivos internacionales de estilo olímpico para atletas de primer nivel con discapacidades. Se divide a los atletas en seis categorías de discapacidad: amputados, parálisis cerebral, lesiones vertebrales, discapacidades mentales, deficiencia visual y *les autres*, que incluye a quienes no se adecúan a las otras categorías. En la competencia de judo paralímpica sólo participarían judokas ciegos o con limitaciones visuales. Sobra decir que abandoné todos los pensamientos de retirarme, le di un nuevo aliento a mi régimen de entrenamiento, y me embarqué en una carrera internacional en el judo que duraría once años.

Me gané un lugar en el Equipo Paralímpico de los Estados Unidos de 1988 que viajó a Seúl, pero mi categoría de peso fue cancelada por no contar con los tres competidores necesarios. Se me permitió competir en la categoría de peso abierto, pero fui eliminado tras perder contra un brasilero que pesaba veinte kilos más que yo. Regresé a casa con la determinación de desquitarme. Dejé de fumar después de veinte años de hacerlo, me sumergí aun más en el entrenamiento, y llegué a ganar el Campeonato Mundial de Peso Pesado de Judo para Ciegos en los Juegos Mundiales de la Victoria de 1990 en Assen, Países Bajos. Esto hizo que el Comité Olímpico de los Estados Unidos me reconociera como Atleta ciego del año. También gané la Copa Mundial de Judo para Ciegos en Sassari, Cerdeña, en 1991, y medallas de plata en los Juegos con Invitación de Tokio de 1991 y en los Juegos Paralímpicos de Barcelona, España, de 1992. Me retiré de las competencias después de ganar medallas de bronce en los Campeonatos Mundiales para Ciegos de 1998, en Madrid, y en los Juegos con Invitación para Ciegos de Tokio de 1998. En 2001, cuando la sensei Gibson se retiró, me ofrecí a dar la clase de judo del Instituto Braille. Me retiré en 2007. En verdad, el judo es lo que hagas de él. Para mí, el “camino de la suavidad” ha sido un modo de vida.



Fotografía de Christopher Voelker

Lynn Manning

Lynn Manning es un poeta laureado, autor de obras de teatro, actor, medallista de plata de los Paralímpicos y ex campeón mundial de judo para ciegos. En 1996, este artista que reside en Los Ángeles, fue cofundador de la compañía teatral Watts Village Theater Company (WVTC) junto al actor y activista comunitario Quentin Drew.

El monólogo autobiográfico de Manning, *Weights*, recientemente obtuvo un premio de la Fringe Review por “Excelencia en teatro” en el Fringe Festival de Edimburgo de 2008. Desde su debut en 2000, Lynn ha representado *Weights* desde Chicago hasta Nueva York, desde Croacia hasta el Reino Unido.

Entre sus otras obras que han recibido el reconocimiento de la crítica se incluyen: *Up from the Downs*, *Private Battle*, *The Last Outpost*, *Central Ave*, *Chalk Circle*, *Visitations*, *On the Blink*, y *Shoot*. La primera obra de Manning, *Shoot*, se incluye en la innovadora recopilación *Beyond Victims and Villains: Contemporary Plays by Disabled Playwrights* (Theatre Communications Group, 2005). Actualmente Manning está trabajando en los detalles de su segundo monólogo, *Quiet As It's Kept* y está escribiendo un guión basado en *Weights*.

VSA arts

Afiliada al John F. Kennedy Center for the Performing Arts

818 Connecticut Avenue NW, Suite 600 • Washington, DC 20006 • Tel: 202.628.2800 • Teléfono de texto: 202.737.0645 • Fax:
202.429.0868
www.vsarts.org